

regimiento de zuavos y al batallón de infantería de marina. El Coronel Brincourt obtuvo el mando de toda aquella parte de la plaza, viniendo á instalarse en la Penitenciaría. De nuevo recomendóse á las compañías de guardia la más cuidadosa vigilancia, sobre todo de noche, sabiéndose de una manera positiva que el enemigo combinaba maniobras con el fin de hacer una tentativa para forzar el paso atravesando por entre nuestras líneas de cerco y de ese modo evacuar la plaza.

El día 3 de Mayo tuvo lugar el cange de prisioneros; con gozo indecible vimos llegar á nuestros camaradas; pero ¡cuánta desventura al ver que entre ellos faltaban al ser llamados por lista nuestros bizarros oficiales! Los capitanes Devaux y Commines de Marsilly, dos oficiales notables por las grandes cualidades que los distinguían, habían muerto en la refriega. Los tenientes Bornschlégel, Heurteux, de la Hage de Saint-Hilaire y Estennevin, cuatro jóvenes é intrépidos guerreros, cuyo valor proclamaban los zuavos, habían encontrado tumba gloriosa en aquellos terribles combates entre las cuadras.

Los que habían caído prisioneros generalmente se deshacían en alabanzas de los miramientos de que habían sido objeto durante su brevísimo cautiverio. Nuestros oficiales todo lo habían observado durante su permanencia en Puebla, quedando persuadidos de que dentro de pocos días iba á capitular la plaza. Los jefes mexicanos les habían parecido extremadamente fatigados de tanto luchar. Parece que la desunión más completa reinaba en el Cuartel general, entre los oficiales más influyentes de González Ortega. Todo estaba presagiando un desenlace muy próximo hasta en las obras de defensa enemiga; el tiroteo de artillería era flojo y el de fusilería insignificante. Nuestros centinelas, atentos á sus aspilleras, daban parte de que los soldados mexicanos no se mostraban ya tan ardorosos como antes. Desde que empezó el asedio, las músicas mexicanas no habían cesado de tocar la *Marsellesa* en las cuadras cercanas á las nuestras; mientras ahora una calma lúgubre se ha enseñoreado de la ciudad; mas este silencio era inquietante, persuadiéndonos de que en él se ocultaba algún proyecto. Los sitiados, habiendo sido rechazados en todos sus conatos de salida, solamente contaban con que el ejército de Comonfort podría venir en su socorro y levantarles el cerco.

Por fin, después de tres días de una calma profunda, el enemigo dió señales de vida el 5 de Mayo, sin duda para celebrar el aniversario de un éxito, que, favorable por lo fácil, se reputaba como un gran triunfo. El ejército sitiado intentó una gran salida combinándola con un movimiento de Comonfort sobre nuestras líneas.

Un cuerpo de caballería, calculado en unos mil caballos, sostenido á retaguardia por columnas de infantería y de artillería, presentóse de improviso al frente del villorrio de San Pablo del Monte. El General L'Herillier, que se encontraba personalmente en el puesto de Santa María, dirigió por aquel lado un reconocimiento compuesto de un escuadrón del 1er. regimiento de cazadores de Africa y una sección de granaderos del 99o. de línea á las órdenes del comandante Foucauld. Con tan débiles medios no vacilaron nuestros ginetes en cargar sobre el enemigo cubierto por una barranca.

Los mexicanos fueron regolfados y vigorosamente perseguidos, atravesando por caminos accidentados y de difícil acceso. El bizarro y caballerezo comandante de Foucauld, viendo al enemigo á buena distancia, reformó su escuadrón y, sable en mano, fundió precipitadamente sobre los escuadrones mexicanos, y haciéndose general la refriega, en vista de tanta audacia, el enemigo cedió el terreno y se replegó, batiéndose, hacia el rancho de Acapulco en donde fué de nuevo cargado con igual impetuosidad; allí el comandante Foucauld cayó atravesado de un lanzazo, expirando momentos después. En el instante mismo la guardia mexicana, que protegía al porta-estandarte del 1er. regimiento de Durango, era asaltada por los ginetes Bordes é Imbert, dos valientes soldados del 1o. de cazadores de Africa; Bordes derribó al porta-estandarte de un enorme sablazo, apoderándose del glorioso trofeo conquistado con tanto denuedo, mientras Imbert, que perseguía al porta-estandarte fugitivo á pié, remataba á este de una estocada despojándole en seguida del magnífico tahalí del mismo estandarte, que llevaba encima.

El capitán de Montarby se puso á la cabeza del escuadrón y continuó en la persecución con tanto acierto comenzada por Foucauld. Tres veces rehizo el escuadrón y por tres veces cargó al enemigo, hasta que herido él también tuvo que retirarse.

Los mexicanos viendo que sólo tenían que habérselas con un puñado de gente de caballería, se rehicieron á su vez, y, apoyados por la infantería y la artillería, prepararon un retorno ofensivo.

El capitán Raigeon, antiguo militar de nuestra hermosa caballería africana, animoso y sesudo, de un solo vistazo midió rápidamente la situación, y replegó su tropa en buen orden sobre el rancho de Acapulco á donde acababa de llegar el General L'Herillier con tres compañías del 2o. regimiento de zuavos y dos obuses de montaña. Emprendióse en seguida una vigorosa ofensiva. El enemigo tuvo que aguantar un fuego de artillería bien dirigido que le originó grandes pérdidas. Batióse en retirada, dejando el campo sembrado de cadáveres, de heridos y de toda suerte de armamento. Nuestras tropas recogieron á los heridos, las armas y á los prisioneros, llevándose al campamento, como trofeos de una victoria alcanzada sobre un enemigo veinte veces más numeroso, un magnífico estandarte, veintitún prisioneros y gran cantidad de lanzas y fusiles.

Durante los acontecimientos referidos, numerosas columnas de infantería, caballería y artillería salían por el Norte de la plaza, para ver si era posible dar la mano al cuerpo de Comonfort, dirigiendo sus esfuerzos principales sobre el puesto de San José, ocupado por una compañía del 99o. de infantería de línea. Batidos por numerosa artillería, á la cual solo podían responder con la fusilería, nuestros soldados sostuvieron aquel ataque sin parpadear, manteniendo al enemigo en jaque hasta la llegada de un batallón de infantería, un escuadrón de cazadores de Africa y dos piezas de artillería, al mando del coronel de Estado mayor Osmont, quien en un abrir y cerrar de ojos obligó al enemigo á reducirse otra vez á la plaza, acompañado por nuestros obuses hasta el pié del fuerte de Loreto.

En esta jornada en que nuestras tropas tuvieron que hacer frente en dos de los lados de nuestra línea de sitio, contra un enemigo mucho muy superior en número, las pérdidas mexicanas, difíciles de apreciarse exactamente por lo accidentado y anfractuoso del terreno, fueron valuadas en cerca de doscientos hombres entre muertos y heridos, siendo las nuestras de cuatro muertos, de los cuales uno era oficial, y quince heridos,

contando á tres oficiales. Entre estos últimos hallábase un joven oficial del 1o. de cazadores de Africa, M. de Jammes, que fué literalmente acribillado á balazos y lanzasos. Tan valiente oficial fué puesto á la orden del ejército.

Largo tiempo hacía que el General Forey observaba los movimientos del cuerpo de ejército de Comonfort, esperando asir una ocasión favorable para batirle vigorosamente. Las tropas del General mexicano, hasta los primeros días de Mayo, anduvieron diseminadas por diversos puntos, entre Puebla y San Martín de un lado, y entre Puebla y Tlaxcala del otro lado. Ningún éxito definitivo podía esperarse de ataques parciales sobre aquellos puntos; ataques que no serían en resumen mas que la voz de alarma para los otros. Empero el día 5 de Mayo, un movimiento de concentración vino á denunciarse por parte del ejército mexicano, haciendo avanzar su caballería hasta San Pablo del Monte para tantear el terreno.

Evidentemente que la intención de Comonfort era la de traspasar la línea de cerco con el fin de hacer que un convoy de aprovisionamientos llegara á la guarnición de la plaza, la cual por su parte ese mismo día quiso hacer una salida, que fracasó. Después de su infructuosa tentativa y permaneciendo siempre sobre el camino de Tlaxcala, frente á San Pablo, el General mexicano desplegó su derecha sobre el llano de San Lorenzo, estableciendo allí su punto de apoyo, y, trayendo cañones, se fortificó, sin duda con la esperanza de apoderarse del cerro de la Cruz, batir desde aquel punto nuestra línea de circunvalación y haciendo al mismo tiempo un impulso sobre San Pablo del Monte, introducir, sin más, el convoy á la plaza.

En efecto, el día 6 de Mayo dió muestras de inclinarse á llevar á la ejecución aquel proyecto. Masas de infantería, agazapadas en las barrancas que se interponían entre ambos ejércitos, esperaban sin duda el efecto de la artillería de San Lorenzo para asaltar el cerro de la Cruz, pero aquellas alturas fueron temiblemente ocupadas por el General Márquez, reforzándole algunas compañías francesas. A la artillería enemiga opusimos contra-baterías, que batiéndolas con buen éxito, desemboscó á la infantería, haciéndola salir mal de su grado de las barrancas donde se había amontonado, haciendo de este modo abortar la tentativa de Comonfort. Con todo eso, pasó el día 7 en ver e o

mo combinaba mejor su proyecto y en atrincherarse fuertemente en el llano de San Lorenzo, meditando el modo de dar pronto un golpe decisivo.

Por su parte el General Forey juzgó llegado el momento de destruir aquel cuerpo de ejército, y dió orden de atacarle el día 8 de Mayo por la mañana, flanqueándole por su derecha establecida en San Lorenzo.

Al tardecer del día 7, cuatro batallones, cuatro escuadrones, ocho piezas de artillería y una sección de ingenieros, reuniéronse en el puente de México, quedando la infantería á las órdenes del General Neigre y la caballería á las del General de Mirandole. El jefe de escuadrón de la Jaille dirigía la artillería. El mando general de esta columna estaba encomendado al General Bazaine, quien había recibido la orden de salir del campamento á la una de la mañana, seguir el camino de México, en el mayor silencio, hasta llegar á la altura de San Lorenzo y allí voltear á la derecha, para que al despuntar del día, tuviese á la vista las posiciones que debía embestir.

Todo salió á pedir de boca, y sin más incidente que el reencuentro habido con algunos exploradores y una avanzada que fué acometida por el escuadrón del coronel de la Peña. A las cinco de la mañana las tropas, escalonadas por batallón á distancia entera, precedidas de la batería de la guardia y cubierto su flanco izquierdo por la caballería, se dirigían, yendo á vanguardia el ala izquierda, sobre los atrincheramientos construidos al rededor de la iglesia de San Lorenzo.

Aunque sorprendidos por aquel ataque, con todo eso, los mexicanos habían tenido tiempo de ponerse sobre las armas, rompiendo desde luego un violento fuego de artillería á mil metros. Pronto nuestros cañones contestaron con buen éxito, y toda la línea, á paso veloz, se precipitó con irresistible empuje y al grito de: "¡Viva el Emperador!" sobre la posición, que en unos cuantos minutos quedó por nosotros, á pesar de una resistencia desesperada de parte de los mexicanos, de quienes una gran cantidad murió á bayoneta. El resto se desbandó buscando la salvación por el vado de Panzacola al precipitarse en las barrancas del Atoyac; pero ametrallados por nuestra artillería, perseguidos de cerca por la caballería del General Mirandole y la de Márquez que había con prontitud descendido del

cerro de la Cruz, en poco tiempo aquellos fugitivos dejaron el campo cubierto de muertos y de heridos hasta el pueblito de Santa Inés. En aquel puesto la derrota del enemigo fué tan completa que emprendió la fuga en un desorden espantoso, hasta que cesamos de perseguirles.

En aquel brillante combate los mexicanos dejaron en nuestro poder ocho cañones, siendo seis rayados, tres banderas, once guiones, un millar de prisioneros, entre los cuales había muchos coroneles y oficiales de alta graduación, la mayor parte del convoy destinado al reabastecimiento de la plaza de Puebla, consistente en veinte carros cargados, cuatrocientas mullas, cargadas también de víveres y otros efectos y algunas manadas de carneros; municiones de artillería, tres mil kilogramos de pólvora y una inmensa cantidad de proyectiles.

"Ocho ó nueve cientos hombres muertos ó heridos y el ejército entero de Comonfort totalmente disperso; tal fué el resultado de aquella victoria que no nos ha costado más que once muertos y ochenta y nueve heridos."

(Extracto del parte oficial.)

El enemigo vió su causa perdida después del terrible descalabro que acababa de sufrir en San Lorenzo. Ese mismo día supieron los sitiados, con todos sus pormenores, la derrota sufrida por el cuerpo de ejército de Comonfort, llevando la noticia algunos indios que lograron introducirse en la plaza. A más de esto, el General Forey comunicó á González Ortega en una carta todo lo ocurrido, á pretexto de que la verdad no fuera desfigurada "por los periódicos de los liberales, *que jamás han dicho verdad en asuntos de historia.*"

El día 12 de Mayo los trabajos de sitio, abandonados por un momento, recobraron mayor actividad que antes. Las cuadras siguieron ocupadas por las mismas tropas. Ya no se oía ruido alguno dentro de la ciudad, y tanto silencio no podía menos que ser un indicio evidente del descorazonamiento en que Ortega estaba sumergido con todo su ejército. Los espías nos informaban de que todas las noches en el palacio que habitaba el General mexicano, tenían lugar largas y animadísimas reuniones en que se discutían las medidas que deberían tomarse en

tan críticas circunstancias; bandadas numerosas de desertores llegaban á cada instante á nuestras trincheras con armas y bagajes.

Después del asalto infructuoso de Santa Inés decididamente se convino en renunciar á la prosecución á viva fuerza del ataque de las cuadras, como quiera que tales operaciones irían con frecuencia á estrellarse contra obstáculos por encima de toda conjetura previsorá, causándonos grandes pérdidas sin dar-nos resultado útil. Pensose en una operación contra San Agustín, de manera de poder rápidamente penetrar en el reducto de la plaza. La idea de obrar por medio de minas venía naturalmente al pensamiento, pero los sondages practicados descubrieron la roca á cincuenta centímetros del subsuelo; y así era preciso echarse á buscar otra combinación.

Ya desde la toma de la Penitenciaría habíase pensado en atacar el fuerte del Carmen, de modo de caminar sobre el reducto de la plaza en dos distintas direcciones, para dividir las fuerzas del enemigo. Nuestro aprovisionamiento de municiones se había aumentado considerablemente y se decidió emprender el ataque. Por otra parte, desde el día 8 de Mayo el fuego de los sitiados estaba sensiblemente amortiguado, lo cual, de la parte de un enemigo que con tanta facilidad gastaba la pólvora en salvas, denotaba desaliento ó quizá penuria de proyectiles de artillería, de los cuales, desde la apertura del sitio, había hecho un desperdicio abusivo y singular.

El fuerte de Teotimehuacán que dominaba al Carmen de flanco, debía desde luego ser tomado, cosa que no demandaba grandes esfuerzos, porque esa obra, que estaba muy aislada de la plaza, no tenía reducto. Una vez que Teotimehuacán cayese en poder nuestro, quedaba el Carmen rodeado de nuestras baterías y, consiguientemente, en situación difícil.

El 10 y el 11 principiáronse los trabajos iniciales; el 12 quedó abierta la primera paralela; todas nuestras baterías de la izquierda rompieron en fuego muy nutrido para desviar la atención del enemigo; el 13 de Mayo, á las siete de la mañana, los sitiados hicieron una salida en masa por el fuerte de Teotimehuacán y avanzaron atrevidamente contra nuestra paralela; era este un acto desesperado de audacia. Las compañías de guardías de trincheras del 30. de zuavos, dejaron avanzar las

columnas enemigas hasta la orilla misma del foso, recibiendo-las allí con una terrible descarga; nuestros valientes soldados, saltando al punto sobre el parapeto, cargaron á bayoneta calada sobre el enemigo. La resistencia de este fué en esta vez más obstinada que en las precedentes, quedando pronto completamente desbaratado y perseguido hasta sus últimos atrincheramientos, no sin dejar en el terreno considerable número de muertos.

Se unió, después de terminada, la paralela y sus comunicaciones al molino de Guadalupe y á la garita de San Baltazar, emprendiendo la artillería en la construcción de nuevas baterías.

El día 14, González Ortega pidió una suspensión de armas para recoger y sepultar los cadáveres delante del fuerte de Teotimehuacán; se prosiguió el establecimiento de los trabajos de aproche y armamento de las baterías. El día 15, un ataque bien dirigido sobre el rancho de la Magdalena nos hizo dueños de aquel punto cuya pérdida era perjudicial al enemigo, porque de allí para adelante iba á quedar completamente aprisionado en la plaza por la línea del Sur. Hizo una vana tentativa para recobrarlo, pero todas sus salidas fueron vigorosamente rechazadas lo mismo en este punto que en los demás. Las comunicaciones fueron continuadas con actividad y se armaron siete nuevas baterías.

Las tropas de guardia en las cuadras velaban cuidadosamente día y noche, como que el enemigo había hecho circular el rumor de que intentaría un ataque general para escaparse de la plaza á cualquier costa.

El día 16 de Mayo á las seis de la mañana todas las baterías delante de Teotimehuacán abrieron un fuego terrible sobre el frente de ataque de aquella obra. Baterías de campaña, provisionalmente establecidas delante del Carmen, acribillaron este fuerte con abundancia de proyectiles, al mismo tiempo que toda la artillería de ataque de la izquierda, así como los morteros y coñones mexicanos caídos, durante el sitio, en poder nuestro, hacían descender sobre la ciudad una lluvia de balas. Los sitiados, sorprendidos por un instante de aquel fuego infernal, pronto empezaron á contestar con energía, pero, al cabo de una hora, abrumados por un fuego convergente bien dirigido, se vieron reducidos al silencio.

El fuego de nuestras baterías completamente había demolido el fuerte de Teotimehuacán, cuyos parapetos desmantelados y en ruinas dejaban descubiertas las cañoneras con sus piezas. El enemigo tuvo en aquel punto pérdidas inmensas; debió apresurarse á evacuarlo, después de reconocer que allí le era imposible sostenerse.

Desde el día 14, el General González Ortega, por conducto de uno de sus ayudantes, había hecho al General Forey confidencialmente algunas insinuaciones sobre capitulación. Díjosele que formulara categóricamente y por escrito sus proposiciones. El día 16 envió como parlamentario al General Mendoza, su Jefe de Estado Mayor, y portador de los poderes necesarios para ajustar un armisticio y sentar verbalmente las bases para una capitulación. En respuesta, rehusósele absolutamente suspender las operaciones, declarando á aquel parlamentario, que si á ello hubiese lugar, se entraría en tratados ciertamente, mas sin dejar de combatir. Y requiriéndole para que se explicase acerca de la capitulación que solicitaba el General Mendoza propuso que de la plaza saldría la guarnición con armas y bagajes, llevando una parte de su artillería de campaña, con los honores de la guerra y la autorización de retirarse sobre México.

Tan extrañas proposiciones no podían menos que ser desechadas, respondiéndoseles que las únicas aceptables serían, en cuanto á la guarnición, que saldría con los honores de la guerra, desfilando frente al ejército francés, riendiendo las armas y constituyéndose prisionera de guerra.

Durante la noche, el enemigo rompió sus armas, clavó los cañones, destruyó parte de sus municiones, licenció á los soldados, y al despuntar del día, González Ortega escribió al General Forey que la plaza quedaba á su disposición, y que él con toda la oficialidad de su ejército, se reunirían en el palacio episcopal en espera de sus órdenes.

El día 17 de Mayo por la mañana, el 1er. batallón de cazadores de á pié hizo su entrada en la plaza, de la cual fué nombrado comandante militar el Coronel de Estado mayor Manéque. Este oficial superior dictó inmediatamente todas las disposiciones necesarias para la ocupación de aquella gran ciudad, que en aquellos momentos encontrábase en un estado de confusión y desorden indescriptibles. El ejército francés ocupó

ese mismo día los fuertes exteriores, poniéndose á destruir las barricadas que obstruían las calles para facilitar la circulación libre en la ciudad. Toda la parte de la plaza que había sido el objetivo de nuestros ataques presentaba un estado de destrucción difícil de pintarse. Las casas que componían las cuadras contiguas á San Agustín y santa Inés no eran mas que ruinas; muchos establecimientos considerables habían desaparecido completamente. Aquellos cuarteles más que por efecto de nuestros proyectiles, habían sido destrozados por la acumulación inopinada de defensas construidas por el enemigo. El ejército de González Ortega había desplegado una actividad inaudita y una diabólica inventiva creando obstáculos ofensivos y defensivos, de los cuales algunos llegaban á una perfección sin precedente.

Durante todo el día 18 continuose la tarea de desembarazar las calles, que estaban atestadas de cañones rotos, cureñas desvenajadas, cajones hechos trizas y fragmentos de armas y equipos de todas clases.

Aquellos de los habitantes que durante el sitio no habían abandonado la ciudad, persuadidos de que la calma y la seguridad renacerían en seguida en aquella ciudad desolada, se aventuraban á salir á la calle para ver circular al ejército francés, cuya severa disciplina inspiraba á las familias la mayor confianza.

Puebla, en el momento en que entrábamos, parecía una hermosa enferma que recobraba la salud tras de largos y crueles sufrimientos. Por donde quiera se veía el rastro de los estragos que nuestra artillería hizo no solamente en las casas de los cuarteles más céntricos sino hasta en los más distantes suburbios. Una de nuestras primeras bombas había ido á caer sobre la casa de un farmacéutico francés, en la calle de la Carnicería, á espaldas del palacio municipal, produciendo un incendio que acabó con el establecimiento. La mayor parte de las casas de la plaza mayor estaban agujeradas en muchos puntos; señal clara de lo mucho que habían sufrido con el general cañoneo del 16 de Mayo; casi todos los edificios religiosos estaban más ó menos estropeados.

El día 19 hizo su entrada solemne el General en Jefe, acompañándole su estado mayor y una guardia compuesta de des-